

MUSICA, TEATRO Y CINEMATOGRAFIA

DIAGONAL - PALACIO BALANA

«LA MANSION BAJO LOS ARBOLES»

Director: René Clement. — Principales intérpretes: Faye Dunaway, Frank Langella, Barbara Parkins y Maurice Ronet. — Eastmancolor

René Clement, un realizador que ha cultivado, con notoria fortuna, casi todos los géneros del cine, se interna ahora, con esta atractiva y apasionante cinta, en el «suspense». Y lo ha hecho con la misma destreza artesanal de sus restantes filmes. Desde las primeras secuencias el interés «suspensivo» de la historia prende fuertemente en el espectador. La impresión que nos causa es que vamos a asistir a uno de esos curiosos «casos clínicos» tras los cuales se oculta una maniobra criminal. Pero, rápidamente, la historia toma un nuevo giro y pasa a convertirse en una película de espías, agravada en su tensión emocional por el secuestro de dos niños.

Situada la historia en París, René Clement nos muestra aspectos nada corrientes en las visiones del convencional París, de regusto turístico, que el cine se ha complacido en prodigar. Por el contrario, es un París brumoso, fluvial y un poco fantástico, con más niebla que sol, que presta un excelente marco al carácter misterioso de la intriga. En estas secuencias, Clement se nos revela un magnífico maestro de la imagen, así como en el resto de la cinta, en la que no regatea alardes estilísticos, se confirma como un buen narrador.

Una parte considerable del feliz logro de la cinta —que rebasa, a nuestro juicio, el nivel corriente en las películas estrenadas en pleno verano— se debe a la magistral interpretación de Faye Dunaway. La brillante actriz norteamericana nos revela en esta ocasión que no es solamente una bella mujer, con cuya presencia centellea la pantalla, sino también una admirable intérprete de los más variados estados anímicos y psíquicos. Sin duda que René Clement la ha sabido dirigir con sensibilidad y un exquisito tacto, pero la actriz supera por su parte sus interpretaciones anteriores, incluida la de «Bonnie and Clyde», que la hizo famosa.

No está en la misma línea, por desgracia, su «partenaire» masculino, Frank Langella, un joven actor de muy desvaída personalidad, a quien se le escapan los matices más sensibles de su personaje. Afortunadamente, Faye Dunaway hace que olvidemos esta fragilidad, de la que sus aciertos nos compensan.

Maurice Ronet hace una breve pero eficaz aparición, que no añade ni quita nada a los indudables valores del filme. — A. MARTINEZ TOMAS.

La próxima temporada de ópera en el Gran Teatro del Liceo

Avance anticipado de los programas previstos para las 62 funciones que empezarán el 7 de noviembre para sucederse en el transcurso de un trimestre

Este año los programas y la compañía que nutrirán la venidera temporada de ópera en el Liceo se han dado a conocer con notable antelación. En realidad, otras veces, al llegar a últimos de agosto empezaban a filtrarse noticias sobre el particular que ahora, a la vista del folleto publicado, podemos saber de una manera más completa, aunque nos falten bastantes precisiones que es de imaginar la empresa nos aclarará en el momento oportuno y como es costumbre; a últimos de septiembre o primeros de octubre, en el transcurso de la cena que don Juan Antonio Pamiás tradicionalmente ofrece a la propiedad del Gran Teatro y a los críticos musicales de los diversos medios de información.

De momento, los datos facilitados permiten hacernos una idea de lo que será esta temporada 1972-73 en conjunto: 62 representaciones (47 de noche y 15 de tarde) que se inaugurarán el 7 de noviembre para prolongarse hasta el 18 de febrero de 1973.

El repertorio, en síntesis

Se observa en el programa una considerable tendencia hacia la ópera italiana «verista» y las reposiciones, sin otro estreno que una obra checa de Leos Janacek. Es de notar también que Verdi está representado por un solo título, mientras de Puccini se darán seis escenificaciones y de Donizetti, tres. Habrá dos óperas de Wagner y una de Mozart. Manuel de Falla figura en la lista para cubrir el sitio reservado a los compositores españoles. Véase la lista completa del repertorio escogido: Inauguración de las funciones con «Adriana Lecouvreur», de Cilea, y seguidamente «La Favorita», de Donizetti, y como espe-

rada reposición el delicioso «Don Pasquale», además de «La Figlia del Reggimento», también ausente del Liceo desde hace muchos años. Igualmente, de la tendencia «verista» veremos «Andrea Chénier», de Giordano; «Norma», de Bellini, y una muestra excelente de la producción de Puccini: «Madame Butterfly», «Tosca», Turandot» y el tríplice integrado por «Il Tabarro», «Suor Angelica» y el insuperable «Gianni Schicchi». Completará el repertorio italiano «Un ballo in maschera», de Verdi.

Habrán en el programa cuatro óperas alemanas: «La flauta mágica», de Mozart; «Salomé», de Strauss (que suponemos se representará junto con el ballet «Pierrot», de A. Prats Trián, incluido con carácter de estreno absoluto) y las dos de Wagner: «Tannhäuser» y «Tristán e Isolda». También puede considerarse germánica escogida la ópera del compositor inglés de traspaso de siglo Eugen d'Albert «Tierra Baja», basada en el famoso drama de Angel Guimerá. (Anotamos que D'Albert, considerado por muchos alemán, pianista discípulo de Liszt y director del Conservatorio de Berlín, fue autor de un gran número de obras corales y escénicas, figurando entre estas últimas, además de «Terra Baixa», «La filla del mar», también de Guimerá. No creo que esta última se haya representado nunca en Barcelona.)

Tres otras óperas completan la lista: «La Vida Breve», de Falla, que se representará junto con el ballet «El sombrero de tres picos»; «Le Coq d'Or», de Rimsky-Korsakov, y como único estreno operístico «Katia Kabanova», de Leos Janacek. Es de imaginar que las dos últimamente citadas las presentará la compañía del Teatro del Estado de Brno. También, además de esta compañía checoslovaca, vendrán completas otras tres: las alemanas de Mainz y Wuppertal y la belga de Amberes. Veremos pues, en total, 19 programas distintos, con 21 óperas y 2 ballets.

Nombres en la lista de la compañía

Poner, adecuadamente en escena este repertorio exigirá una importante movilización de artistas. En la relación dada a conocer figuran 131 cantantes, 16 directores de orquesta y 22 otros especialistas, además del coro, que dirigirá el maestro Bottino, y el cuerpo de baile, regido como siempre por el maestro Juan Magriña.

En la imposibilidad de especificar todos los nombres de la compañía, anotamos únicamente algunos entre los que consideramos más relevantes y que recordamos al leer la lista. Forzosamente ésta resultará incompleta y acaso injusta teniendo en cuenta que un buen número de los nombres corresponden a artistas que efectuarán su debut y sería muy difícil calibrar por anticipado su valía.

Entre las sopranos podrían citarse Montserrat Caballé, Ingrid Bjoner, Maddalena Bonifacio, Esther Casas, Angeles Chamorro, Yasuko Hayashi, Anja Silja y Bianca Bernini. La lista de mezzo-sopranos la encabeza indiscutiblemente Fiorenza Cossotto.

Entre los 34 tenores destacan los españoles Jaime Aragall, Plácido Domingo, José M. Carreras, Pedro Lavirgen, Juan Oncina, Juan Sabaté y Eduardo Giménez, junto con Barry Morell y Bruno Prevedi. Y entre los baritonos, Vicente Sardinero al lado de Cornell Mac Neil, Renato Capechi, Attilio D'Orazi y Cesare Bardelli. Forman en las filas de los bajos, Carlos del Bosco, Justino Díaz, Gwíne Howell, Gianni Soccí e Ivo Vinco.

Con esta información y en espera de que podamos completarla y detallarla, el lector puede anotar las fechas inaugurales: el martes, 7 de noviembre, con «Adriana Lecouvreur», con Montserrat Caballé como protagonista, junto a José M. Carreras, Bianca Bernini y Attilio D'Orazi. Dos días después, el 9 de noviembre, «La Favorita», tendrá como primeras figuras a Fiorenza Cossotto, acompañada de Barry Morell, Gianna Lollini, Vicente Sardinero e Ivo Vinco. — M.

UNO O VARIOS «QUEJIOS»

CHARLA CORDIAL ENTRE PAYOS Y GITANOS

En «Quejio» —estampa dramática de baile y cantos de Andalucía que se representa en el Capsa— el «emigrante» es un hombre que conoce muy bien lo que se canta. Ha trabajado en Francia varias veces en diversas campañas de recolección y en otros trabajos. «Porque los sueldos son un poquito más elevados y así me apañaba mejor. Pero, salir era como una «puñalada» en el corazón.» No es extraño, pues, el sentimiento que emana de su «salí de mi tierra me fui con dolor, si hay quien reparta justicia de mi se «olvió»». En ese canto en que no hay agnosticismo sino una cierta creencia de que Dios estaba lejos de las angustias, pero por lo menos está en alguna parte, Leonardo expresaba todas sus vivencias. Como pudieran hacerlo otros componentes del grupo que representa «Quejio». En el escenario, en ese momento no había más personajes que Joaquín Campos el guitarrista, Leonardo, Alfonso Giménez coautor y codirector de la obra. Yo me sentaba en un ángulo, en la sillería que para la representación usa la mujer que de vez en cuando echa un poco de alhucema dentro del brasero. Una participación importante y estática a la vez. Joaquín y Leonardo Rodríguez en el suelo, no me muy lejos.

Antes había cambiado unas palabras con Giménez. El único del grupo son estudios universitarios, diríamos con una cierta formación intelectual. Alfonso Giménez me parece un poco acomplejado por esta condición que pudiera otorgarle una actitud de superioridad que de ningún modo quiere tener. Nació en Morón hace treinta y tres años. Es más bien bajo, cabello ondulado, ojos grises, sonrisa simpática. Estudio Filosofía y Letras y arte dramático. También unos cursos de dirección. Tomó parte en un seminario sobre las nuevas corrientes teatrales europeas. Tenía un puesto de profesor interino en el Arrahá, y lo dejó para dedicarse plenamente al teatro como autor. Cuando se le pregunta cómo fue capaz de correr tal riesgo responde que hoy tan inseguro es el provenir de los profesores interinos como el de los jóvenes autores.

Pero Alfonso es un autor va galardonado. En 1968 obtuvo el «Premio Delfín» de Teatro por «Oratorio». Recordemos que esta obra supuso un éxito en el extranjero cuando fue representada por el Teatro Lebrriano en el VIII Festival de Nancy. Obtuvo también el premio Teruel de teatro en 1971. La obra, por cierto, tiene un nombre un poco complicado. «De lo que ocurrió el día de la inauguración del Gran Hotel».

—Se trata de una farsa cómica: Es esta otra faceta de mi teatro. A mi me interesa el fenómeno teatral como una investigación dramática dentro de las raíces ibéricas. En nuestra tradición hay una inmensa riqueza. Creo que es un error intentar otras corrientes —Brecht, Grotowski— en nuestra expresión dramática. Esas corrientes me parecen muy bien pero en su tierra. Nosotros debemos ahondar en nuestra realidad. Mi teatro tiene en común el respeto al rito, al ceremonial.

Alfonso Giménez es hijo de una familia acomodada. Su padre tiene una hacienda. Son seis hermanos, tres que han estudiado la carrera de Filosofía y Letras, un médico, una farmacéutica y un físico nuclear. El dulce acento de Alfonso testimonia su lugar de nacimiento, o de crianza. Sus palabras,

el amor a su tierra. Hablamos del fatalismo andaluz, de la herencia cultural norteafricana. «El pueblo andaluz sufre pero tiene una esperanza. Es consciente de que el final del siglo va a ser muy diferente de lo que fue su comienzo. Una de las cuerdas que sujetan el pesado lastre que véis en escena en «Quejio» significa la incultura en que nuestro pueblo ha viviendo durante largo tiempo. Naturalmente se es más esclavo cuanto menos se sabe».

Salvador Tavora el otro autor, el otro director, participa en el espectáculo y a esa hora de la mañana está descansando. No acude a la entrevista. Alfonso quiere que quede claro que todo el trabajo creador de «Quejio» lo han hecho al alimón con Salvador —No comprarme zapatitos, que yo quiero andar descalzo— y él. Ambos están muy de acuerdo en todo. Pero no quiere esto decir que hayan de seguir trabajando siempre juntos. Su inspiración puede ir también por caminos distintos. Prepara Alfonso su espectáculo sobre García Lorca titulado «Pasión y muerte del amargo».

—Salvador es un auténtico hombre de teatro —añade—. Creo que ha de ser uno de los autores importantes de hoy.

—¿Qué dicen de vuestro espectáculo, los flamencólogos?

—Bueno, no dicen nada. No se han pronunciado, pero de un modo aislado si que hemos recibido excelentes opiniones de los expertos. Manolo Gerena, por ejemplo, nos vio y quedó encantado.

—En el extranjero habéis tenido mucho éxito. ¿Os comprenden realmente o es una postura, un cierto afán de ver los tras pies del gato?

—Sí, nos comprenden. Mira, por ejemplo, Madeleine Renaud, la primera dama del teatro francés, quedó admirada del espectáculo. Sobre todo de la situación en escena de la muchacha que casi al margen vive por completo la obra. En el extranjero se nos ha captado perfectamente.

—¿Por qué habéis introducido la flauta como acompañamiento musical?

—La flauta se utiliza en las sevillanas rociadas acompañada del tamboril, ¿no es verdad, Joaquín? —se vuelve Giménez hacia el guitarrista que acaba de llegar a nuestro lado—. Y aquí es una creación de Pepe Suero.

Es entonces cuando se amplía el diálogo y Joaquín el guitarrista me explica que ya a los 13 años, cuando trabajaba en un cortijo escardando el algodón, se había fabricado una guitarra con una lata a la que había hecho un agujero y tendido unos cables. «Me daban por la jornada cinco duros y cuando el manijero decía ¡ya comé!, en lugar del «almuerzo», yo me iba a tocar la guitarra».

—¿Quién te ha enseñado?

—Nadie. He aprendido de ver a uno y a otro. ¿Cómo? No sé. Viendo.

Luego llegó la primera guitarra. Se la compró a Joaquín su padre y le costó 350 pesetas. ¿Esa ya iría bien, no? «Pues no, muy mal. Y luego el Farruco, mi primo me llevó con el Marbella. Después de un mes volví a mi trabajo tres años más. Y después empecé en La Campana, que es un lugar de Sevilla donde voy a parar con los artistas. Fui a los tablaos y ya me conocían algo, unas veces me pagaban y otras no. El invierno

no pasado estaba en Mallorca en un cuadro flamenco y me harté. No me gustaba la gente. No me gustaban los artistas. Estaban siempre de cachondeo. De modo que no quisé seguir. Y luego surgió lo del «Quejio». Aquí estaré mientras esto exista».

—Joaquín —interviene Alfonso Jiménez— tiene un poder de creación. Actúa dentro de los cánones, dentro del clasicismo pero con un modo de expresión que le pide que investigue porque me parece muy interesante.

Sigue hablándonos Leonardo. Si Joaquín —que es gitano en tanto Leonardo es payo— tiene una expresión un poco picaresca y a hablar ingenioso y a la par gracioso, el «cantor» que inaugura la representación con un espléndido martinete tiene una voz grave, un hablar reposado. Me cuenta lo de su trabajo en el extranjero.

«Trabajaba de las cinco de la mañana a las ocho de la tarde. Me dormía con la cuchara en la mano. Cuando volvía y veían que por cuarenta días me traía treinta y cinco mil pesetas nadie comprendía lo que ese dinero me había costado de ganar». Leonardo, un rostro esculpido en bronce, es sereno, tiene cuarenta y dos años. «Estoy en medio de la edad».

He aquí un esbozo de la charla sostenida con tres de los hombres de «Quejio». Una muestra de la autenticidad de sus intrínsecas virtudes artísticas. Cada uno es lo que es. No hay transformación, sino vivencia. Se expresan con aquello que les es más íntimo, más propio: el canto y el baile flamenco.

—Una última pregunta: ¿No parece que queráis enmendar la plana a otros al mostrar eso que llamáis la otra cara de la moneda de Andalucía?

—No se trata de eso. Estamos al margen de cualquier intriguilla. Nosotros nos expresamos como creemos. Cada cual con su conciencia y su modo de hacer las cosas. No es que pretendamos que esta otra cara de la moneda sea la auténtica sino que lo es.

—Pasito que doy «palante», pasito que doy «patrás» payos y gitanos, en armonía. Tavora y Jiménez nos dicen que son descendientes de los que padecieron situaciones que posibilitaron el grito, el lamento, el «quejio». Pasito que doy «palante», pasito que doy «patrás», payos y gitanos con sus vivencias, sus tradiciones frente al siglo XXI. — Angeles MASO.

EL TERROR... LA ANGUSTIA... Y LA MUERTE...

APARECEN CUANDO EL HOMBRE SE TRANSFORMA, FISICA Y MENTALMENTE, EN UNA FIERA

Las más bellas mujeres eran sus víctimas preferidas!



Dr. JEKYLL Y EL HOMBRE LOBO

PAUL NASCHY - SHIRLEY CORRIAN
JACK TAYLOR - MIRIAM MILLER

DIRIGIDA POR LEÓN KLIMOVSKY
EASTMANCOLOR

LOS ULTIMOS CONCIERTOS DEL FESTIVAL DE CADAQUES

Presentación del «Syntagma Musicum»

Por primera vez hemos tenido ocasión de escuchar el conjunto de música antigua «Syntagma Musicum», de Amsterdam, en el penúltimo concierto del Festival Internacional de Cadaqués el pasado sábado. Este grupo, fundado en el año 1963 por su actual director Kees Otten, está compuesto por cinco elementos; tres instrumentistas y dos cantantes. Kees Otten, catedrático de instrumentos de viento históricos en el Conservatorio de Amsterdam; Leo Millink, profesor de flauta dulce en el Conservatorio de Utrecht, especialista en instrumentos antiguos de madera y metal; Anneke Pols, excelente «viola de gamba», quien ejecuta algunas partes con instrumentos de viento; Marius Van Altena, tenor y a la vez instrumentista de viento y percusión; Will Kippersluys, soprano y también instrumentista de percusión, igual que Van Altena, poseedor de una técnica vocal adecuadísima para la interpretación de la música antigua. Los instrumentos que utiliza el grupo son copias fieles de otros de época, conservados en museos: flautas dulces, cromornos, un bajoncillo, gemshorn, chirimías, viola de gamba, fidel, sacabuche, cornetas de madera y percusión.

La extraordinaria versatilidad de estos músicos les permite cambiar sin problemas de un instrumento a otro, o del canto a la ejecución instrumental y como resultado consiguen, a pesar de no ser un conjunto numeroso, una gran variedad de timbres sonoros, dando una idea bastante exacta de la riqueza de la música medieval y renacentista.

El programa, dedicado a la música antigua francesa y franco-neerlandesa, se desarrolló siguiendo un orden cronológico desde los siglos XIII al XVI. El acierto con que estaban seleccionadas las obras permitió disfrutar de una verdadera audición antológica de las principales escuelas de este período de la historia de la música. La primera parte del programa se inició con un «Aleluya», de Perotinus, principal representante de la escuela de Organum de París, y a continuación siguieron tres danzas instrumentales del siglo XIII. Will Kippersluys

cantó con gran perfección la composición «Robin m'aime», del trovador Adam de la Halle, acompañada por el misterioso sonido del «gemshorn», especie de flauta dulce construida con un cuerno de gamo. Entre las obras más representativas del «Ars Antiqua» se dieron interesantes versiones de composiciones de G. de Machaut y motetes anónimos del siglo XIII y XIV, en los que las sonoridades penetrantes de los instrumentos de doble caña se fundían perfectamente con las voces en las sugestivas armonías medievales. Las obras del período de transición hacia el «Ars Nova» comenzaron con el «Alarme, alarme», de Grimache, que a pesar de pertenecer cronológicamente al siglo XIV, sus composiciones le sitúan estilísticamente en el renacimiento. Terminó esta parte con obras de Le Grand, J. Vide y G. Binchois.

Las obras de Obrecht, que iniciaron la segunda parte, tienen en su mayoría el texto en el antiguo idioma neerlandés. Las primeras composiciones de Josquin presentaban formas aún fieles a la estructura fijas medievales, entre ellas, en el «Rondeau» «La plus de plus», la intensidad emotiva alcanzó el punto culminante. Terminó el programa con la «Frotola» «El grillo e buen cantore», composición de estilo italiano llena de buen humor descriptivo. Fuera de programa, interpretaron la obra del compositor inglés Cornysch titulada «Trolly lolly lolly lo».

Durante el comienzo del concierto la intensidad y expresión de las versiones no fue tan profunda como al final, quizá debido a una cierta falta de comunicación con un público aún desconocido, o a la resonancia, algo excesiva para esta música, de la Iglesia de Cadaqués. A medida que el programa avanzaba la música fue adquiriendo cada vez mayor calidad expresiva, manteniendo en incremento constante el interés del auditorio. Fue al oír las versiones de las obras de Obrecht y Josquin que nos dimos perfecta cuenta de que estábamos oyendo uno de los mejores conjuntos existentes dedicados a la música antigua. — Román ESCALAS.